

A raíz de la tormenta busqué refugio en la cueva.

Había tanteado el lugar donde luego me venció el sueño, limpiándolo de guijarros y pequeñas hierbas.

A la mañana siguiente desperté con la espalda morada por el frío y la humedad de las rocas; me incorporé bruscamente y me dirigí a la entrada.

Como suponía, las langostas carnívoras cerraban toda posibilidad de salir en búsqueda de alimentos; estaban allí, con sus enormes patas verdosas y sus ojos mongoloides, tratando de hallar los rastros que la lluvia había borrado.

Observé entonces la cueva; era un cilindro perfecto.

Una sospecha me sacudió el cuerpo por espacio de un segundo; inmediatamente fijé mi vista en el fondo y vi el huevo.

Blanco, enorme; como una perla deformada. No cabía duda de que había buscado refugio en un nido de langostas; el huevo lo confirmaba.

Sabía que la incubación duraba cuarenta días. Pero no tenía idea de la fecha en que había sido colocado.

Las langostas carnívoras ponen un solo huevo por día en cuevas como la que estaba ahora, lo rodean de alimentos y lo abandonan.

Y la idea de ser devorado junto con los alimentos no me resultaba nada agradable.

Estaba por encender un cigarrillo, cuando recordé que esta especie de langosta, a diferencia de otras, tiene la particularidad de poner sus huevos con un calendario de yeso en cada punta. Uno marca los días que han pasado desde que fuera puesto y el otro los que faltan para que se produzca el nacimiento. Estos calendarios son lo primero que come el bicho al salir del cascarón, lo que les da una idea temprana sobre el tiempo y la conveniencia de ser verdes y vivir en la selva. Me fijé en ellos y vi que sólo funcionaba uno, lo que me impidió sacar cálculos aproximados.

Recordé que esto significaba que la langosta nacería con un defecto físico irreparable o con un soberano complejo de inferioridad que la atormentaría durante toda su vida. Me sentí feliz.

Con mi lápiz anoté cuatro letras sobre el pulido cascarón. Sonreí al saberme fuera de peligro.

Los alimentos destinados al «bebé» podrían ser usados para alimentarme durante el tiempo que tardaran en alejarse las langostas que rodeaban el lugar.

Abrí algunas latas y desayuné. Luego me recosté y encendí un cigarrillo.

Al cabo de unas horas, la espera comenzó a hacerse insoportable.

Apagué el cigarrillo y traté de dormitar.

Sí, la cueva era un cilindro perfecto.

Al cabo de tres días en los que tuve el tiempo suficiente de cansarme hasta de mi voz y de reconocer con los ojos cerrados hasta la última pequeña grieta de la entrada, las langostas se fueron disgustadas y profiriendo graves insultos. El calor era asfixiante.

Luego de comprobar que su retirada no era una jugarreta para atraparme, salí de la cueva; apoyé los pies en la superficie helada del arroyo que corría bajo la entrada y consulté mi reloj: eran las 15 horas.

No creí que hubiera probabilidades de conseguir pasaje en el tren de las 17 horas, así que comencé a caminar hacia la carretera AN-22-Vía ORF-NOVA.

Llegué a la ruta en unos minutos, y me senté a descansar esperando que pasara algún coche para alejarme de aquel lugar.

Tras de un corto lapso, alcancé a ver primero un punto y luego una mancha y, más tarde, la figura de un coche.

Comenzó a disminuir la velocidad al ver mis señas.

Su conductor, una muchacha joven, bajó la ventanilla y sacando una alcancía y una sonrisa me dijo:

—¿Contribuye con los ex guardas de tranvías?

—Lo siento —respondí—. Soy socio de la liga de conductores de subterráneos.

—Bien, no era lo que yo esperaba pero igualmente puedo llevarlo —dijo guiñando el ojo derecho. Di un rodeo al coche y subí por la puerta que me abrió con una sonrisa y así comenzó el viaje.

—Voy a ORF —dije.

—¡Oh! —suspiró— yo voy en dirección contraria.

—¡Ja! —sonreí tratando de salir del apuro— quise decir que voy de tanto en tanto; ahora regreso.

Reímos los dos nerviosamente.

Luego nos sumergimos cada uno en sí mismo.

Yo opté por fumar, y cada vez que daba una pitada, trataba de poner cara de gángster, no sólo para impresionarla, sino para verla mejor de reojo.

Gajes de los miopes.

Su sonrisa era imperturbable. Estaba como clavada en su cara.

A lo largo de la ruta no se veía nada anormal.

Más tarde cayó la noche con un gran estrépito. Como su coche no tenía faros, ya que no era un modelo anfibio de veraneo, decidimos que pasaríamos la noche al costado de la ruta.

Tomé la brasa del cigarrillo que había acabado, bajé del coche y la alumbré el tiempo que tardó en estacionar, y volví a acomodarme en mi asiento.

Ella había reclinado el suyo hasta colocarlo en posición horizontal. Creí que me correspondería hacer lo mismo... y lo hice.

Recordé entonces mis noches en la cueva, con la humedad constante y el ruido de las pisadas de los monstruos atentando contra mis nervios.

Sentía todo aquello lejano. Quizás se debía a la comparación entre la suavidad del ambiente y la calidez del asiento.

Me di media vuelta y traté de dormir.

Al rato sentí que una de sus manos recorría mi cuerpo. No supe precisar si era la derecha o la izquierda. Cuando pude precisarlo le dije con voz baja:

—Oh, no... te equivocas.

Su sonrisa inmutable impedía que me concentrara en la arduas manualidades.

—Tu sonrisa —dije.

—Es postiza —respondió quitándose la boca— en el fondo soy muy triste.

Mientras hacíamos el amor tenía la certeza de que afuera y a un costado del coche seguía estando la ruta.